

## PERIODISTAS MORACHOS: ROSA POMBO (1897-1986)

*A la memoria de Alejandro Fernández Pombo (1930-2013),  
maestro y amigo, desde el dolor de su pérdida*

Nos permitirá el lector dos palabras iniciales para justificar el título, o más concretamente el masculino del título, que debe entenderse como genérico y no como específico; queremos decir que nos referimos en él a todos los periodistas, con inclusión, como en este caso, de las mujeres periodistas, figuras estas por lo demás bien escasas, lo que hemos visto ya y aún iremos viendo en alguna otra entrega sobre el tema.

La producción periodística de Rosa Pombo es ciertamente breve, pero no insignificante, como podrá comprobarse, lo que nos ha decidido a dedicarle un artículo propio. Va ligada a la *Página de Mora* de *El Castellano*, que fundó y dirigió su marido, don Santiago Fernández y Contreras, y en ella colaboró asiduamente bajo el seudónimo de *Marcela*, como sabemos a través de su hijo Alejandro, quien en carta de julio de 2012 nos certificaba la que para nosotros era entonces una firme sospecha. No hay duda, por tanto, aunque en ninguna parte lo declare, que *Marcela* es Rosa Pombo, doña Rosa Pombo, como siempre la conocimos en Mora.

1



Cabecera de la llamada [Página de Mora de El Castellano, XXV, 6.234, 5-III-1929](#), p. 2

Es el mismo Alejandro Fernández Pombo quien nos proporciona los principales datos biográficos de su madre en esta nota, que transcribimos:

Rosa Pombo y Ruiz, aunque nació en Madrid en 1897, vivió en Mora la mayor parte de su vida, y en nuestro pueblo ejerció, en distintos centros educativos y luego en su propia casa, como profesora tanto de idiomas como de dibujo y pintura, por lo que fueron sus alumnos algunos que han llegado a ser grandes artistas. En Madrid había sido copista acreditada en el Museo del Prado y discípula del gran grabador y maestro de varias generaciones Castro Gil. Aunque precisamente por esta formación académica realizó no-

tables copias de los grandes maestros, ella prefirió siempre la pintura del natural: paisajes, naturalezas muertas, algunos retratos... Fue esposa de Santiago Fernández y Contreras, quien se ocupó de investigar, ordenar y divulgar la historia de nuestro pueblo, y ella ilustró algunos de sus trabajos periodísticos con primorosas “plumillas”. Hasta su muerte, próxima a los 90 años, siguió dibujando y pintando. Cuadros suyos hay en su propia casa de Mora, en colecciones privadas y en algunas instituciones religiosas como la Residencia para ancianos de nuestro pueblo (“Pintores morachos: Rosa Pombo y Ruiz”, en [http://www.mora.es/info/cultura/rosa\\_pombo](http://www.mora.es/info/cultura/rosa_pombo)).

Pues bien, y al margen de todo ello, con el citado seudónimo de *Marcela* doña Rosa Pombo colaboró en la inmensa mayor parte de los números de la *Página de Mora* que publicó el diario *El Castellano* en 1929.<sup>1</sup> Lo hizo en una sección fija titulada «Entre nosotras», que adopta la forma de una carta escrita por una mujer moracha, ama de casa, a una amiga sin nombre, joven y rica, que vive en Madrid. Esta sección enseguida tomará importancia en la *Página*, pues desde la cuarta entrega (5-III-1929) pasará a componerse en doble columna y a situarse en la parte superior de la plana, generalmente en el centro exacto de esta. Se convierte, pues, en contenido principal de la *Página de Mora*, y, como decimos, va siempre firmada por *Marcela*.

*Marcela* es dueña de una prosa más que estimable, aunque su horizonte principal no sea literario, sino moral y religioso, con un fondo de feminismo católico muy conservador. Así lo observamos examinando el contenido de sus cartas-artículo, que traslucen un pensamiento sostenido en cuatro pilares fundamentales: el sentido religioso de la vida, la defensa de la moral católica, la importancia del papel de la mujer y la conservación de las tradiciones (incluidas las religiosas), todo lo cual aparece aplicado habitualmente a Mora y en ocasiones a la realidad más o menos general. Ello tiene su reverso, obviamente, en la condena de la vida que ignora la religión, de las actuaciones alejadas de la moral católica, o de las costumbres modernas que se apartan de la tradición: la belleza de la naturaleza como obra de Dios, la educación cristiana de la juventud, la defensa de la paz y de la caridad, el papel de la mujer en la preservación de las tradiciones..., son algunos de los temas que tratan estas cartas.

Desde el punto de vista formal, bastará con señalar que se trata de epístolas en toda la extensión de la palabra, en las que se observa el cuidado puesto en su redacción, como lo demuestra la importante variedad de que la autora hace gala en las estrechas fórmulas tópicas de encabezamientos y despedidas.

---

<sup>1</sup> Véase aquí mismo nuestro artículo [La Página de Mora de El Castellano: estampas de la vida moracha en 1929](#). *Marcela* colaboró en 32 de los 46 números de la *Página*, es decir, en todos ellos salvo la entrega inicial, de septiembre de 1928, y las de las siguientes fechas: 26 de febrero, 21 de marzo, 16 de abril, 4 y 25 de junio, 19 de julio, 10 y 24 de septiembre, 1 y 29 de octubre, 19 de noviembre, y 3 y 24 de diciembre, siempre de 1929.

## Entre nosotras

Amiga mía:

Te hablaba en mi última de los niños, con el interés que siempre me causaron y la atracción que en ellos encuentro. Hoy voy a hablarte de la compasión y la lástima que me inspiran los viejecitos, que faltos de ese don que tiene la niñez de hacerse querer aun de los extraños, suelen, en cambio, originar más bien desvío. Y es porque la vejez trae consigo casi siempre la enfermedad y el abandono.

Por muy sucio y desarropado que veamos a un chiquillo nunca dejaremos de encontrar en él ese «no sé qué» de la infancia y deseamos acercarnos, alearle, darle un beso, tratar de sembrar en la inteligencia que asoma a sus ojos, algo de lo que sabemos y pensamos que puede serle provechoso; es terreno que gusta cultivar porque con hermosa facilidad recogemos el fruto...

Pero los viejecitos..., y si además de viejos son pobres y achacosos, entonces es preciso que hable la voz de la sangre o que se vistan las faldas de Hermanas de la Caridad, porque en caso contrario, todo lo más que hacemos es socorrerlos con nuestra limosna; pero esa protección amistosa que nos una a ellos, como hacemos con los niños, ¡cuán poco se prodiga!... Claro que lo que se haga por los pequeños es preparar una vida. En cambio, con los ancianos, es preparar una muerte. Y digo yo: ¿Todo esto, con ser mucho, no será poco si pensamos que es una eternidad lo que acabamos de preparar? Sin contar lo inhumano que resulta llegar a la suma vejez y con ella al sumo olvido, al sumo abandono de sus semejantes.

Fijando ahora nuestra atención en esos matrimonios que no quisieron ir a un asilo por no separar lo que Dios unió para toda la vida, en que el uno espera a que el otro le cierre los ojos... ¿quién no pensará y recordará aquellos seres que de niños nos acostumbraron a guardar el debido respeto a todos y a todo?

Muy hermosa es favorecer y socorrer a los matrimonios que empiezan a subir la empinada cuesta de los años cargados de hijos y de miseria. No obstante tienen un ligero alivio en sus lachas; el alivio de la juventud y de las energías completas. Pero dime, amiga mía; cuando los padres son viejos y los hijos ingratos ¿quién les levanta de su caída? ¡Pobres almas contristadas que no encuentran entonces más apoyo que el de su misma debilidad!

[Página de Mora de El Castellano, XXV, 6.234, 5-III-1929](#), p. 2 (fragmento)

3

Completaremos estos breves apuntes iniciales con la entrevista que, procedente del periódico santanderino *El Eco de la Montaña* y sin desvelar su identidad, publicó *El Castellano* en agosto de 1929, cuando *Marcela* se encontraba veraneando —como entonces se decía— en la región cantábrica. Se titula «Una interviú con *Marcela*» y la firma Antonio Valdés:

De *El Eco de la Montaña*, revista que se publica en la provincia de Santander, copiamos las siguientes líneas, que nos han causado verdadera satisfacción por tratarse de nuestra competente y asidua colaboradora que se firma con el pseudónimo *Marcela*.

No conocía a esta escritora de Castilla. El veterano y simpático diario de Toledo me trae la grata nueva de que allá en las tan cantadas llanuras hay una mujer que sabe dar a su prosa la emoción más femenina que se pueda uno imaginar.

Esta joven escritora se encuentra entre nosotros. Yo la he conocido esta tarde en la elegante playa del Sardinero. Un amor a lo mío me ha incitado la curiosidad de hablar con ella. Esta curiosidad ha nacido desde que el correo nos trajo sus cartas trazadas desde estas costas bravías y rebeldes.

—No, señor —me ha dicho—, yo soy de Castilla la Nueva; pero no importa para que encontrándome aquí vea con dolor y con pena que lo típico, regional y característico desaparece. Es un sentir de raza como otro cualquiera. ¿No le parece?

—Así es, señorita; pero tanto y tan bien lo siente usted, que duda uno que siempre haya vivido en el centro de España.

—Es que el sentimiento no puede tener limitaciones. Va con nosotros. Donde ponemos nuestra mirada ahí se encuentra el sentir de lo que tenemos delante.

—¿Su labor literaria?

—No merece la pena. Cuatro expansiones que usted conoce... y nada más.

—¿Proyectos?

—Por ahora «seguir en buenas relaciones con mi íntima amiga» y editar en un pequeño volumen las cartas que voy publicando.

—¿Le gustaría vivir siempre aquí?

—Me gusta mucho esta tierra por todo: por el paisaje encantador que encierra; por la bondad del clima; por el dulce y amable carácter de estas gentes del Norte. Pero he de marcharme pronto. Tal vez la semana que viene. En Castilla hay también, no lo dude, grandes emociones; no tenemos la lozanera de este mar que nos oye; mas hay campos inmensos que son un regalo para los ojos.

—Por mi humilde pluma traslado a usted el reconocimiento de un grupo de montañeses que sabe recoger y apreciar el valor de las bellas ideas que ha escrito de la tierra.

—Muchas gracias.

He besado la mano de Marcela, que se ha quedado mirando al mar... ([El Castellano](#), XXV, 6.371, 20-VIII-1929, p. 2).

Pasemos ya sin más a resumir con cierto detalle cada uno de los textos de «Entre nosotras». Huelga decir que recomendamos al lector interesado su consulta directa a través de los enlaces que figuran en cabeza (en los que abreviamos *El Castellano* en EC).

[EC, XXV, 6.210, 5-II-1929](#), p. 2. Justificación de su sección, que será de carácter feminista: se escribe mucho acerca de la mujer, pero son los hombres quienes lo hacen. Por ejemplo, sobre la obra social, o «socialmente religiosa», en pro de la mujer. Ella, desde Mora, ha observado mucho y leído más sobre el particular. Ahora, escribe, contamos en Mora con una novedad, que materializa una idea inspiradísima, la de crear unas clases para las «pobres muchachas que prestan servicios domésticos». Ya se han puesto en marcha: se imparten en el Colegio Teresiano los domingos por la tarde. Augura que de estas clases «van a salir mujercitas muy de su casa», y asegura que «con ello ganará mucho este pueblo, empezando porque los beneficios serán ellas mismas las primeras en recibirlos». Pregunta a su amiga y corresponsal qué le parece la noticia y agrega que «de esto deberían tomar nota por ahí fuera, porque así es como se empieza a dignificar a la mujer, que se encuentra un poco olvidada de las gentes».

[EC, XXV, 6.216, 12-II-1929](#), p. 3. Afirma *Marcela* que cada año que va pasando le gusta menos el Carnaval. En estos días, escribe, es cuando mejor se conoce a las gentes. El resto del año los sentimientos andan disfrazados y encubiertos, pero ahora, «con taparse la cara se descubre el alma». Y lo que ve apenas a la autora. Cuenta a su interlocutora un caso sucedido en el país de su abuelita, donde las máscaras tenían la buena costumbre de quitarse la careta cuando pasaban por

delante de una iglesia. Esto es lo que hizo un grupo de jóvenes al transitar por ese lugar. Lo hicieron todos menos uno, que anduvo en lenguas del pueblo siendo criticada su irreverencia. Aturdido, volvió a su casa, y el espejo le explicó lo que sucedía: «en su faz —castigo de la Providencia— había quedado impresa, imborrable, la espantosa careta con que se divirtió aquella tarde». Desapareció del pueblo y nadie volvió a saber de él.

EC, XXV, 6.222, 19-II-1929, p. 2. Contestando a una supuesta pregunta de su corresponsal, cuenta *Marcela* en qué pasan el tiempo en Mora. Concretamente los domingos por la tarde, en ir de paseo hasta la Estación «a ver pasar» el tren de las cuatro, y luego al cine, «en un teatro que para sí quisieran muchas capitales de provincia». Por cierto que de la última función salió entristecida, porque ofreció a los niños un cuadro muy poco edificante: «Con decirte que era una cinta de amor *completamente* neoyorquino, está dicho todo». Se lamenta de lo poco que los que dan estos espectáculos se acuerdan de la infancia, como en este caso. Se pregunta por qué no se proyectan películas educativas y llenas a la vez de valor artístico, que, aunque sean escasas, existen. Sabe que su interlocutora la acusará de que hila muy delgado, pero todos los cuidados que se pongan para la formación del niño son pocos. «Es de una gran responsabilidad perturbar el plácido sueño con el recuerdo de escenas pavorosas... o de escenas que nunca debieron contemplar».

EC, XXV, 6.234, 5-III-1929, p. 2. Si en la carta anterior hablaba de los niños, hoy lo va a hacer de los viejecitos. A aquellos se les prodigan cariños y cuidados, pero a estos no, sobre todo cuando son pobres y achacosos. Se centra «en esos matrimonios que no quisieron ir a un asilo por no separar lo que Dios unió para toda la vida, en el que uno espera a que el otro le cierre los ojos». Todo ello viene a cuento de «un cuadro de verdadera amargura» que el azar le ha hecho contemplar: el de un matrimonio de ancianos que vive en un cuartucho frío y lóbrego, un rincón ruinoso que es lo único de que disponen en este mundo. El marido, sartenero, se cayó un día cuando iba por la calle pregonando su mercancía y no puede moverse; ella, agobiada por los años, no está en condiciones de trabajar; sus hijos son tan pobres como ellos. Irían a un asilo, pero no están dispuestos a separarse jamás. Acaba *Marcela* esperando «que las almas caritativas no se olvidarán de estos dos desgraciados que saben soportar su desdicha con cristiana resignación».<sup>2</sup>

EC, XXV, 6.240, 12-III-1929, p. 2. *Marcela* se muestra contenta porque el director de la *Página de Mora* ha abierto una suscripción para remediar, siquiera sea momentáneamente, el estado angustioso de los dos ancianos. Y el público de Mora

---

<sup>2</sup> En otro lugar de este mismo ejemplar de la *Página* se especifica que se trata del matrimonio formado por Francisca Gómez y Andrés Sabadía, y se comunica que el periódico abre una suscripción para remediar el infortunio de estos dos ancianos. En este número y en los siguientes irá registrando las personas y las cantidades que aportan para ello. Acabarán reuniéndose, tal como figura en el número del 2 de abril, 114 pesetas, que son entregadas al matrimonio, del que se ha hecho cargo, se nos informa, un hijo suyo que vive en Turleque.

va respondiendo bien, lo que encuentra natural. Cree que a partir de ahora encontrarán limosnas y amor. Está convencida de que las mujeres de Mora, «tan limpias y curiosas en sus casas, han de influir para que el aseo, tan importante a la salud, les comunique ese bienestar inmenso que da la higiene». Insiste en la idea de que «todo el que ejecuta una obra se enamora de ella, y al enamorarse, no tiene otro pensamiento que llevarla a buen fin». Así ocurrirá —está convencida— en este caso.

**EC, XXV, 6.256, 2-IV-1929, p. 3.** Mientras escribe, «un alegre guirigay de campanas» llega a los oídos de *Marcela*. Las aprecia ahora, después de haber sido sustituidas en la última semana —Semana Santa— «por una colosal carraca» que le hacía sentir «un vacío grande en nuestras horas, acostumbrados a guiarnos y conducirnos por ellas en la marcha de nuestra vida». Los que viven en las ciudades no pueden imaginarse lo que significa su lenguaje: «¡Son tan elocuentes las campanas de Mora!». Incluso cuando llaman a la tristeza, «su sonido es dulce y confortador como un poderoso consuelo». Ahora las campanas dicen «¡aleluya!, ¡aleluya!»; son de resurrección. Acaba apelando al corazón, para que resucite también de sus pretéritas tristezas: «Reverdece, como han reverdecido los sembrados, como las flores se han abierto, como las golondrinas vuelven a cantar, como el agua corre en los regatos escondidos...»

**EC, XXV, 6.262, 9-IV-1929, p. 2.** Pide a su amiga que la visite en Mora para que pueda contemplar las flores que nacen en «esta tierra con fama de árida, parda y llana», las abundantes y bellas flores silvestres, especialmente una que exhala un delicado perfume y de la que no conoce el nombre, pero que ella llama *doncellita*. Acaba contándole una anécdota que muestra cómo «en el ser más rudo e ignorante» se encuentra a veces «un alma tan sutil que para sí quisiera el más acabado de los poetas». Es el caso de una viejecita que amaba las flores y las cuidaba con esmero, con la particularidad de que las más lozanas las colocaba en el tejado. ¿La razón? «Porque las flores, puestas así, en lo alto, alaban a Dios».

**EC, XXV, 6.274, 23-IV-1929, p. 2.** Escribe *Marcela* esta carta después de una supuesta estancia en Mora de su corresponsal, en la que esta se ha prendado de algunos patios interiores y de muchas portadas con viejos clavos, buscando vestigios más o menos remotos y lamentando el afán de modernizarlo todo. *Marcela* le da la razón, y comparte con ella «el deseo de conservar y perpetuar el estilo propio», tanto en lo accesorio como en lo principal, en las viviendas y en las costumbres. *Marcela* quisiera «tener autoridad y poder para sujetar la marcha arrolladora del modernismo que destruye y acaba con lo que es por tantos conceptos intangible». Piensa en la responsabilidad de la mujer en la conservación de la tradición y reivindica la decoración de las viviendas como en la época de sus abuelas, porque de no ser así «concluirá por borrarse el carácter tan especial de las viviendas de este pueblo». Siempre que pasa por una de las principales calles de Mora, se detiene y mira una de esas antiguas puertas y un arco de mampostería que da acceso al patio de la casa. Nunca ha traspasado sus umbrales, con lo que desco-



noce si conservará algún recinto «tal como estaba cuando albergó una noche los ensueños sublimes de aquella *fémima inquieta e andariega*». Y agrega: «Lo que sí sé positivamente es que no existe ninguna lápida o señal que indique su paso por esta villa, y mucho me temo que si no se mira con devoción aquel feliz tránsito o aquella memorable y rápida jornada, la casona que guarda una página santa pronto será demolida y entre sus escombros caerá la historia venerable que supo darle con su presencia la Mística Doctora que hoy veneramos en los altares con el nombre de Teresa de Jesús».

EC, XXV, 6.280, 30-IV-1929, p. 2. *Marcela* ha recibido las revistas que le ha enviado su corresponsal, se ha interesado sobre todo por aquellas «en las que se nota la marcha del feminismo en el mundo», y se ha parado a contemplar las imágenes de una mujer aviadora, lo que le da pie a trazar un paralelismo entre las que vuelan y las que soñaron con protagonizar episodios como los que inmortalizaron Bécquer o Zorrilla. Unas y otras aspiran a «salir de lo vulgar y oscuro como alondras mañaneras que persiguen siempre los rayos del sol». Eso es lo que admira *Marcela*, porque «todas tenemos obligación de elevarnos sobre nuestros propios corazones», a veces simplemente dejando el recuerdo de una vida ejemplar. Ese es el *record* que hay que batir, y está al alcance de todas.

EC, XXV, 6.286, 7-V-1929, p. 2. Han transcurrido en Mora días de fiesta, la de la Cruz, lo que le lleva a detenerse en la talla que sacan en procesión y que representa a Cristo muerto. Muchos sienten ante ella amor y contrición; otros, temor y respeto que se trueca en consuelo. Siendo «una fiesta de animación y bullicio, resulta al mismo tiempo una adhesión fervorosa a la Exaltación de la Santa Cruz». *Marcela* le ha pedido «que bendiga Mora, quien le ama con creciente entusiasmo», y que haga prosperar a la villa «en su vida laboriosa y en sus bienes espirituales».

EC, XXV, 6.293, 16-V-1929, p. 2. Se ha celebrado la fiesta de la Ascensión, «la más acabada, la más triunfante», cuya «significación altísima no puede igualarse con ninguna otra». Se extiende en el significado de «este Jueves que relumbra más que el Sol». En la ocasión, «los niños de Mora han sentido en su corazón la llama purísima de la fe más viva», aludiendo a las primeras comuniones celebradas en el Colegio Teresiano, celebración que exalta: la música, las flores, los aromas... «¡Qué transporte tan dulcificador, tan celestial! Habría que tener un corazón de piedra para no enternecerse frente a tanta maravilla espiritual». El desfile posterior de estos niños por las calles de Mora ha abrasado la imaginación de la autora y le ha dado alas: las de «el candor y la inocencia, que son las mejores para elevarse suavemente, con serenidad, a las alturas, gozosas de los bienes que no se acaban».

EC, XXV, 6.297, 21-V-1929, p. 2. Contesta a una supuesta carta de su corresponsal desde Madrid, en la que esta se muestra encantada con la belleza del Retiro en primavera y en la que pide a *Marcela* que se vaya con ella «una temporadita a Madrid». La autora responde que no puede ni debe «abandonar muchas cosas» que tiene encomendadas a su cargo: «En las casas somos insustituibles las que

llevamos el peso de su dirección», que ella intenta convertir en algo agradable: «Y yo pongo en el desempeño de estas faenas tan femeninas todo el sello de feminismo agradable que está a mi alcance». Ella no puede hablarle del Retiro, pero sí «de los campos ilimitados de este trocito de España, con la suprema ventaja de que aquí hay muchas más flores que en Madrid», que forman un «vergel campesino» que «no toca más que la mano de Dios». Se extiende en su canto a la naturaleza moracha desde la perspectiva romántica de la exaltación de la belleza del campo de Castilla.

**EC, XXV, 6.303, 28-V-1929, p. 3.** Cuando reciba esta carta estará celebrándose el Corpus en Mora: «No es Toledo, ni es Granada, el Corpus de este pueblo; pero tiene un íntimo y peculiar carácter, lleno de una mezcla de sencillez y grandeza, de candor y majestad». Las calles por las que pasa la procesión se cubren de tomillo, romero y otras hierbas olorosas, y se adornan los balcones «para saludar al Rey de Reyes». Desfila la guardia montada, los niños vestidos de blanco, los santos y la rica custodia, «admiración de extranjeros y orgullo de este pueblo».

**EC, XXV, 6.314, 11-VI-1929, p. 2.** Insiste *Marcela* en el paso de santa Teresa de Jesús por Mora, alojándose en el convento de monjas carmelitas que había en la villa y que ahora ocupan tres casas «de relativa modernidad». Hace historia del convento, señalando que desde las estancias de santa Teresa, hacia 1570-1575, se mantuvo como tal hasta la Guerra de la Independencia. Entonces sirvió de cuartel a las tropas napoleónicas, y, restablecida la paz, quedó como dueño un tal Henri Velardier, precisamente el jefe de estas tropas en la localidad. Pasó después a un compatriota suyo, quien la vendió a Gumersindo García-Donas y Rodríguez, conocido como Gumersindo *el Largo*. Cuenta todo esto a su corresponsal porque cree que no le será indiferente.

**EC, XXV, 6.320, 18-VI-1929, p. 2.** Ha recibido una carta de su corresponsal en la que le anuncia que este año no veraneará en San Sebastián y que no sabe adónde irá. *Marcela* le dice que «a los que vivís una ajetreada vida propia de capital, el veraneo debe ser un pleno descanso de las fiestas y bullicios, una tregua de reposo para salud del cuerpo... y del alma». Le recomienda que haga una vida saludable y elija un sitio en contacto con la naturaleza, «que es uno de los medios que más nos acercan a Dios», que goce del paisaje y lleve algunos libros, «pocos, pero buenos y selectos». «En cuanto al alma —añade—, ya sé que sabrás buscar el Sagrario [...]. No pases nunca delante de Él sin dejar a sus pies una oración, y cuando vuelvas de tu paseo deposita sobre el Altar las flores olorosas que cogiste en el camino». También le aconseja que acaricie a los niños que encuentre a su paso, que les hable de Dios, y algo más: «Cuando sepas de un enfermo, detente ante su puerta, inquiere por su salud, por sus necesidades, tú que afortunadamente puedes enjugar muchas lágrimas».

**EC, XXV, 6.331, 2-VII-1929, p. 2.** A petición de su corresponsal, *Marcela* le hace recomendaciones acerca de sus lecturas veraniegas. De entrada, «cuantas menos novelas pasen por tus manos, mejor». No está de acuerdo con las jovencitas que



leen «de todo», porque «no es posible que la pureza de su imaginación salga indemne con ese roce de violenta crudeza y de grosero realismo que se vierte en una porción de pequeños folletos que hoy se publican». Dice estar conforme solo a medias «con esa ley establecida que recomienda mucha lectura para adquirir una fundamental ilustración». Prefiere que sea poco lo que leamos, «pero que esto poco no tenga atisbos de mal gusto; que sea, en una palabra, prácticamente bueno». Hay libros con los que no se consigue ningún provecho. Al contrario de lo que ocurre con Pereda, Fernán Caballero, santa Teresa, fray Luis de León, Cervantes, san Francisco de Sales..., y los tratados de educación del padre Ugarte, «sobre todo aquel que se titula *Educaos a vosotros mismos*».

**EC, XXV, 6.337, 9-VII-1929, p. 2.** Escribe *Marcela* que esa mañana le ha despertado el piar de las golondrinas. Muy temprano, antes de oír las esquilitas de las cabras y las voces de los caleros de Orgaz pregonando su mercancía. Y ha soñado entonces que visitaba con su amiga y corresponsal el Museo del Prado, y ambas se detenían ante cuadros de Ribera, Murillo, El Greco y muy especialmente ante *La Anunciación de la Virgen* de Fra Angélico, cuadro que describe y del que destaca la golondrina que en él aparece. Golondrina que se le aparecía en el sueño y le decía: «Soy la que acude todas las tardes al patio de tu casa, la que cruza el espacio cuando las campanas tocan a oración, coreando lo que los bronces cantan: *Ave María*. Yo soy la que revolotea alrededor de las cunas de los niños, acariciándoles mi lenguaje con las mismas palabras del ángel. Yo, la que visito igualmente la mansión del poderoso que la del pobre, enseñándoles que todos tenemos una madre a la que debemos expresar nuestro amor con las confortadoras palabras del *Ave María*... Yo, en fin, la que Fra Angélico, en sus divinos arrobos, sublimó trasladándola al lienzo como estrofa visible del poema más hermoso del mundo».

**EC, XXV, 6.349, 23-VII-1929, p. 2.** Ha llegado a Mora una compañía de circo de las que pueden llamarse de verano, «la caravana bohemia que va por los campos abra-sados de Castilla transportando su bagaje artístico y su carro de ilusiones». Ha recordado su infancia presenciando la función, que contrapone a las comedias de costumbres, tan convencionales. Por eso prefiere «estos espectáculos donde todo es inverosímil y absurdo como los mismos payasos vistiendo esos inmensos chalecos que nadie jamás vistió, o los descomunales cuellos y minúsculos sombreros, enharinado su rostro y brillando el cuerpo de raso y lentejuelas».

**EC, XXV, 6.354, 30-VII-1929, p. 2.** Fecha su carta «por tierras del Norte», y en ella se disculpa ante su corresponsal por no haberla informado de su paso por Madrid, «un Madrid en mangas de camisa». Describe su viaje nocturno en tren y el amanecer en Reinos, hasta llegar a Solía, donde va a pasar una corta temporada. Es una ría en un paraje delicioso; allí espera las cartas de su amiga y desde allí ella le seguirá dando detalles de su veraneo.

**EC, XXV, 6.360, 6-VIII-1929, p. 2.** También fechada «por tierras del Norte», le cuenta lo que va viendo, llevada por su inclinación a recorrer todo lo que pueda: aire per-

fumado, empinadas callejas, ricas moras que cuelgan de las ramas, silencio y paz. El camino la conduce a una casita a la que volverá varias veces y en la que conoce a sus moradores, gentes afables y hospitalarias, una familia de la que admira sobre todo su instrucción religiosa: «Por algo es tan atrayente el aspecto de la escondida vivienda, envuelta entre flores y ramaje espeso».

**EC, XXV, 6.366, 13-VIII-1929, p. 2.** *Marcela* continúa en el Norte haciendo placenteras excursiones en tartana, sobre todo a diversas romerías. En ellas *Marcela* siente honda tristeza «al ver cómo va desapareciendo el baile con el pandero, y esas coplas cantadas con tan suave cadencia, para dar paso al *agarrao*, a la *Cirila* y, horror de horrores, al tango entonado lo más impropiamente posible». Se lamenta de la progresiva desaparición de las tradiciones, como las de algunas coplas que recoge. Quisiera que su voz tuviera autoridad «para hacer un llamamiento a aquellos que pudiesen influir de alguna manera en fomentar y conservar con verdadero espíritu de raza esas tan bonitas canciones y costumbres y recordar a los montañeses que son hijos de aquellos que no se dejaron dominar del César romano que había dominado el mundo, prefiriendo morir a extranjerizarse, dando así una alta prueba de su bravío carácter de independencia».

**EC, XXV, 6.371, 20-VIII-1929, p. 2.** Nueva carta desde las «tierras del Norte». De las excursiones que está realizando por la costa cantábrica, y contestando a la pregunta de su amiga y correspondiente, dice que todas han sido para ella interesantes y amenas, y destaca varios lugares: la ermita de Revilla, la colegiata de Castañeda, y Obregón con su iglesia. También se refiere a las salidas realizadas en barca a los pueblos pesqueros, y se detiene en la de Limpias, que detalla: el camino delicioso, el pueblo vetusto y señorial, todo tapizado de verdor, y en especial la emoción que ha sentido ante la imagen de Cristo.

**EC, XXV, 6.377, 27-VIII-1929, p. 2.** Continúa aún en su veraneo «por tierras del Norte». Da la razón a su interlocutora acerca de que en sus cartas habla más de la tierra que del mar. De este dice que pasa largas horas sentada ante él observando sus semblantes, pero le considera un amigo de esos que nunca acaban de inspirar confianza verdadera. Todo le acompaña, sin embargo, cuando pasea por los valles y las montañas, porque todo le habla de paz y dulzura, pero frente al mar «se abre una pavorosa interrogación, propia de lo que no comprendemos más que por encima». Conserva la impresión de la pasada noche de galerna, que ha ocasionado incluso algunas víctimas. Muchas tardes va de paseo hasta el faro, donde siente el vértigo del abismo: «el mar es una hermosura que parece hablar de la grandeza de Dios; precisamente por eso también nos habla de lo que será su cólera divina cuando se vea irritada en su justicia». Acaba diciendo que ya se ha despedido del lugar y está haciendo la maleta para regresar a su tierra.

**EC, XXV, 6.383, 3-IX-1929, p. 2.** De regreso en Mora, lo primero que buscaron sus ojos al volver fue la ermita de la Antigua, «blanca paloma que posó sus alas, como símbolo de paz y de amparo, sobre el cerro que la sustenta», con un recuerdo a los pastores a los que se apareció, según se plasma en el «hermosísimo cuadro,

obra del ilustre caballero e inspirado pintor, hijo de este pueblo, don Isidoro Millas». Al llegar, le ha enviado un beso y una oración, antes de detenerse en la estación poblada de animación y movimiento. Maltrecha por el largo viaje, «ya estoy en Mora y en mi casa», exclama.

**EC, XXV, 6.395, 17-IX-1929, p. 2.** Han pasado los días de feria, en los que la ha cautivado sobre todo el público infantil: hallábamos a los pequeños «en todas partes, y algunas veces, ¡ay!, en marco un poco inadecuado», escribe. Veía a los niños y niñas ilusionados ante los puestos de juguetes, pero no falta su lamento al tropezar «con tanta mujercita *recortada* y tanto hombrecito contrahecho que darían ganas de reír si no fuera porque a veces lo que da son ganas de llorar». Y más cuando venga el invierno, en que ya no corretearán por la Glorieta o las eras, sino que irán donde vayan los mayores, «a los bailes, al cine..., a perder, en primer lugar, ese sano color que puso en sus mejillas el beso del sol y las caricias del aire, a deslucir el brillo de sus cándidos ojos que copiaban el color de los cielos y el verdor de los árboles, a marchitarse por dentro y por fuera... En una palabra: a dejar de ser niños». Acaba deseando poder darles la ilusión que demandan sus corazones, como en las tardes de feria.

**EC, XXV, 6.403, 8-X-1929, p. 2.** Paseando por las afueras del pueblo encuentra a «una bohemia, una húngara», que está intentando afanosamente dar de mamar a su niño. *Marcela* se interesa por su vida, y esta le cuenta que ella y los suyos vienen de Italia y vagan por todas partes; los hombres se dedican a comprar y vender caballos, pero han hecho malos negocios y se han quedado en la miseria. A ella se le ha retirado la leche y no puede amamantar al niño, nacido en Madrid hace quince días. *Marcela* se enternece con el relato de sus penas, da a la madre todo lo que lleva en sus bolsillos y coloca en la fajita del crío su medalla de la Virgen. Acaba preguntándose qué será del pobre chiquillo, que apenas venido a la vida ya sabe lo que son penas y privaciones; confía en que la Virgen le ayude y asegura que nunca podrá olvidar las lágrimas de amor que vio verter a la desventurada bohemia.

**EC, XXV, 6.409, 15-X-1929, p. 2.** Informa a su amiga del traslado en procesión del Cristo de la Vera Cruz al templo que lleva su nombre, una tradición que espera que no desaparezca, porque son muchas las costumbres que se hunden en el olvido. Así, al llegar la procesión al Asilo-Hospital experimentó la melancolía de lo que se perdió para siempre cuando vio las obras de renovación realizadas. Se impone la fuerza de las cosas, y por eso, escribe, «sentimos pena ahora al encontrar borrado todo el carácter de lo poquísimo que en Mora hay de estilo propio y sabor toledano». Y añade: «Aquel portal de blanquísimas paredes y rojas baldosas, aquel arco profundo, aquella portada con un tejadillo típico..., y sobre todo la cruz de piedra donde todavía alguna viejísima mujer, recordando antiguas costumbres, se postraba contrita y se abrazaba a ella». En consecuencia: «Alegrémonos, pues, amiga mía, de los beneficios que estas beneméritas hijas de san Francisco disfrutaban con tales reformas; pero lloremos la tradición perdida y conservemos como

reliquias aquellas fotografías que siempre nos recordarán cómo era este Hospital del Cristo de la Vera Cruz».

**EC, XXV, 6.415, 22-X-1929, p. 2.** A raíz de unas maniobras militares que han llenado Mora de soldados, toques de corneta, camiones y artefactos de guerra, *Marcela* defiende la paz entre los pueblos. Hay que imitar a san Francisco y fraternizar con todos, perdonar los agravios y olvidar las malas acciones. Si te hacen mal, debes responder con bien. Acaba pidiendo a Dios que todo este espectáculo de las maniobras militares quede solo en un simulacro de guerra: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», concluye.

**EC, XXV, 6.426, 5-XI-1929, p. 2.** Envía *Marcela* a su corresponsal las impresiones que quedaron grabadas en ella el pasado día 2, «porque los pueblos grandes como el mío quieren parecerse en todo a las capitales. Hasta en esto. Hasta en el modo de recordar a los muertos». Encuentra en el cementerio grandes transformaciones que responden a «una lucha de pasiones, una lucha de poder a poder, un escaparate de vanidad. Es doloroso; pero es así». Hay mausoleos que obedecen al lujo y la ostentación. Y se pregunta: «¿Es esto verdadera devoción y verdadero respeto a los muertos? En mi entender, si la grandeza de la línea no va paralela a una grandeza de sentimientos hacia los seres que reposan bajo tanto aparato, no es devoción la que se tributa al cariño perdido. Es otra cosa que no me atrevo a calificar». Sencillez, humildad, amor a Dios y amor a ellos es lo que propugna. Critica también a las gentes que ese día van en tono de diversión o de distracción: «Dejad tranquilas esos días a las almas doloridas. Dejadlas solas en sus conturbaciones y no alteremos la piedad de sus rezos y de sus recuerdos».

12

**EC, XXV, 6.432, 12-XI-1929, p. 2.** Su amiga informa a *Marcela* del nuevo espectáculo del que han disfrutado en la corte: el cine sonoro. Ha visto una cinta en que se proyectaba el horror del diluvio universal en escenas que se mezclaban con otras catástrofes contemporáneas. La impresión de realidad era tal, que muchas personas abandonaron el salón, y todos los semblantes estaban descompuestos. Ello da pie a *Marcela* a preguntarse si este progreso servirá finalmente para el bien o para el mal. «Se abre un nuevo horizonte a la fantasía», escribe. Y agrega: «Pidamos, amiga mía, que este panorama se cubra no de hierbas malas y dañinas, sino de flores de belleza y bien».

**EC, XXV, 6.444, 26-XI-1929, p. 2.** *Marcela* había ofrecido tiempo atrás a su corresponsal hablarle «de la historia o leyenda de aquellos pocos recuerdos del pasado que nos quedan en Mora». Es difícil hacerlo por la falta de documentos. Parece que la invasión francesa «arrastró mucho consigo», ya en las hogueras, ya borrando el rastro de los que conservaban nuestros abuelos. Pero va a intentarlo, y hoy le hablará del convento de san Eugenio, casi siempre cerrado. Rememora el sentimiento de melancolía que experimentó al visitarlo por primera vez: la luz oscilante de una lámpara, el humilde sagrario, el órgano mudo... Esta sensación se acentúa en la sacristía, en el jardín y en los claustros. Pero el templo no siempre está callado y solitario, pues en él se celebran conferencias y catequesis. No obs-

tante, es en los días en que el convento está solo cuando *Marcela* prefiere visitarlo y evocar a los monjes de otro tiempo entonando salmos, encendiendo la lámpara, acompañando al oficiante...

[EC, XXV, 6.456, 10-XII-1929](#), p. 2. Hay en los campos de Mora, escribe *Marcela*, en el llamado Camino Grande, unas piedras que siempre oyó nombrar como *las peñas de la Condesa*. «Cuenta la tradición que en aquellas piedras sentose alguna vez a descansar la desgraciada Eugenia de Montijo, que ciñó en sus sienes la imperial corona de Francia, aquella que más tarde había de convertirse en corona de espinas». No se sabe en qué época visitó Mora por primera vez, pero es de creer que lo hiciese en diversas ocasiones. Siempre que *Marcela* ha llegado hasta el lugar, ha evocado la figura de la Condesa tal como la legaron los pintores de su época. El lugar es triste y solitario, pero le agrada a *Marcela*, y le hace pensar en la emperatriz «que gustó en la vida todas las hieles». «Sus bondades y virtudes, enriquecidas con las desgracias sufridas, quedaron en pie y subieron hasta el Trono del Altísimo, allí donde no suben riquezas ni oropeles, en suave perfume como aroma de su alma que se veía coronada con el premio único y verdadero».

Hasta aquí los textos de «Entre nosotras». A ellos deben añadirse estos versos publicados también en *El Castellano*, XXXII, 8.365, 9-IV-1936, p. 3 (ejemplar no digitalizado):

SAETAS

I

*Los pies les ibas besando  
después que se los lavaste;  
cuando llegastes a Judas  
¡qué despacio le miraste!*

II

*En la calle de Amargura  
la Madre encontró al Hijo;  
¡hasta las piedras lloraron  
de las cosas que la dijo!*

III

*Llevas corona de rey  
y manto de emperador;  
y tu corona es de espinas  
y tu manto es deshonor.*

IV

*Al pie de la cruz crecía  
el rosal de la pasión.*

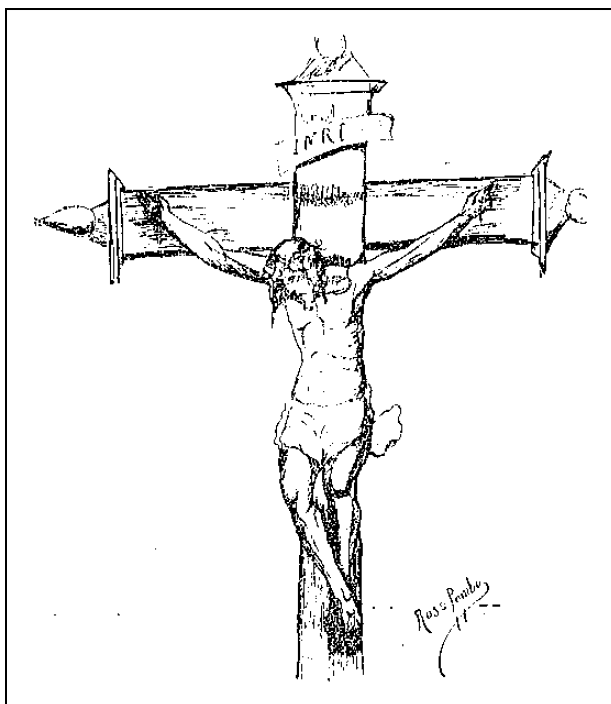
*¡Eran tan blancas sus flores!...  
¡Y de rojo se tiñó!*

V

*Virgen de la Soledad:  
vengo a hacerte compañía  
y a decirte con anhelo  
que tu amargura es la mía.*

Con su nombre, Rosa Pombo, y ahora en su faceta de dibujante, colabora ilustrando un escrito de su madre, Soledad Ruiz de Pombo, y varios de su marido, Santiago Fernández y Contreras.<sup>3</sup> Son estos:

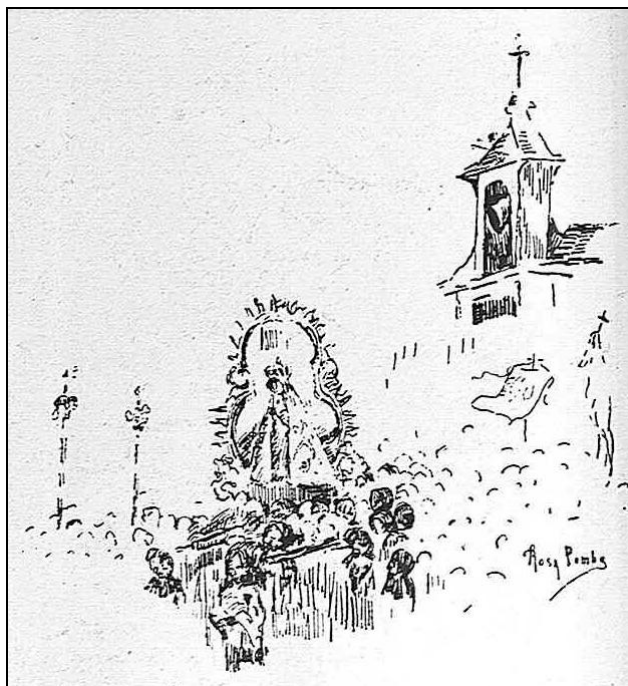
[EC, XXV, 6253, 28-III-1929](#), p. 2. Encabeza el poema de Soledad Ruiz de Pombo, «Al Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, que se venera en Mora de Toledo».



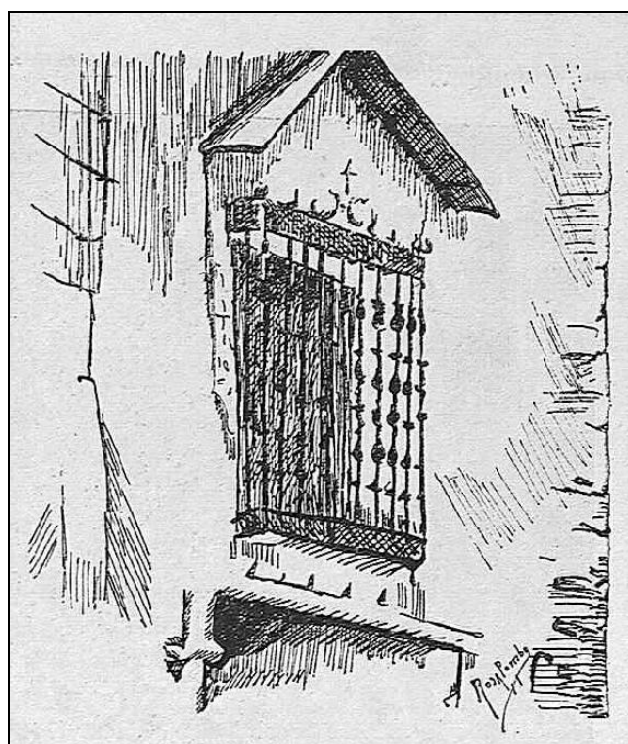
<sup>3</sup> Como señalábamos en nuestro artículo [La Página de Mora de El Castellano: estampas de la vida moracha en 1929](#), Soledad Ruiz de Pombo, madre de doña Rosa, fue escritora y feminista (vicepresidenta de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, ANME). De ella nos han llegado (firmando a veces con los apellidos Ruiz y Pérez, o Ruiz y Pérez de Pombo), además de colaboraciones en la prensa católica de Toledo (*El Castellano*) y de Madrid (*El Debate*), una novela (*El mi Juan. Novela montañesa*, de entre 1914 y 1921) y varias piezas dramáticas breves (recogidas en *El teatro en casa. Colección de comedias y cuadros dramáticos*, de hacia 1918), así como un libro de devoción (*La práctica de las virtudes ofrecida por las almas del Purgatorio*, de 1902). Sobre don Santiago, remitimos también a nuestro artículo [Periodistas morachos: Santiago Fernández y Contreras \(1897-1965\)](#). Por otra parte, seguimos utilizando EC como siglas de *El Castellano*, e incorporamos ahora a continuación T como abreviatura de la revista *Toledo*, que se publicó en la ciudad imperial entre 1915 y 1931.



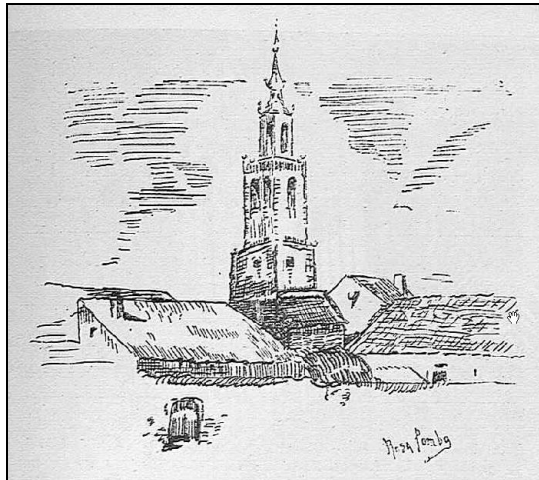
[T, XIV, 255, mayo 1928, p. 1.904](#). «Del Toledo típico.—La fiesta del pueblo» (por S. Fernández y Contreras; dibujo de Rosa Pombo).



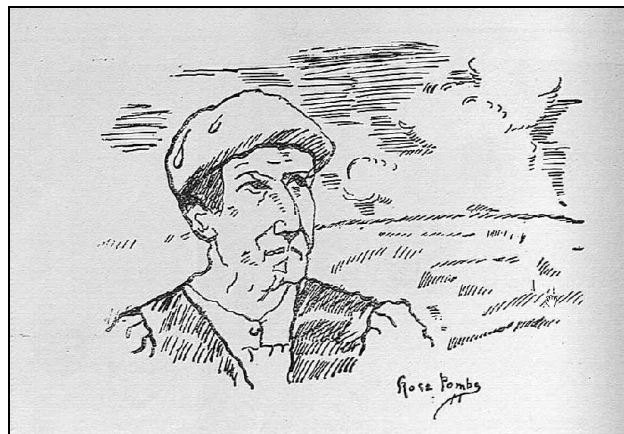
[T, XIV, 257, julio 1928, p. 1.939](#). «Rejas toledanas» (por S. Fernández y Contreras; dibujo de Rosa Pombo).



**T, XIV, 259, septiembre 1928, p. 1.971.** «Del solar toledano.—La torre del pueblo» (por S. Fernández y Contreras; dibujo de Rosa Pombo).



**T, XIV, 261, noviembre 1928, p. 2.006.** «Del solar toledano.—El hombre de campo» (por S. Fernández y Contreras; dibujo de Rosa Pombo).



16

**T, XV, 263, enero 1929, p. 2.035.** «Aceros toledanos» (por S. Fernández y Contreras; dibujo de Rosa Pombo).



[T, XVI, 281-282, julio-agosto 1930, p. 2.309](#). «De la España romántica.—Cristos toledanos» (por S. Fernández y Contreras; dibujo de Rosa Pombo).

